

vivian á su lado de que sus hermanos, sus amigos perecian en aquella lucha!

¡Cuán agenos de que, no apagada aún la sed de venganza de Cacoabo y de los suyos, no tardarian en verse acometidos por aquellas hordas de salvajes que parecian llevar la desolacion y la muerte á todas partes!

La venganza del cacique del Cibao debia ser completa.

¡Pobre Guacanajari!

¡Aún no sabia el porvenir que le estaba reservado!

Ebrio de gozo por poseer el objeto de todo su amor, no veia que el edificio de su imperio se desmoronaba poco á poco, y que la maldicion de Vagoniana pesaba sobre su frente.

---

## Capítulo XXXVII.

Desolacion y muerte.

Las sombras de la noche desaparecieron, y el sol inundó de luz los bosques y los campos de la desgraciada isla de Haiti.

Guacanajari, en su palacio de Marien, se despertaba con una agitacion que no podia explicarse.

En lo más oculto de su aposento, enfrente de la hamaca imperial, estaba colocada la imágen de la Virgen, que era su tesoro, su amor, su vida.

Despues de haber pasado largas horas, como solia, contemplándola arrodillado en su presencia, fijó sus ojos en aquellos ojos que el artista habia inundado de luz y de expresion.

Ebrio de amor y de ventura, habia cerrado los ojos al sueño, y todavía veia en su imaginacion aquella figura celestial á quien tanto adoraba.

De pronto aquella imágen fascinadora se tornó á su vista en un mónstruo de horrible aspecto, de amenazadora mirada.

Quiso pedir auxilio porque el mónstruo avanzaba hácia él, y la voz espiró en sus lábios.

Un frio mortal circuló por sus venas.

El mónstruo se detuvo.

Dirigió una mirada en torno suyo, y Guacanajari vió reflejarse en los ojos de aquel fantasma toda su isla; pero especialmente una parte de ella, al pié de una montaña, cerca de un abismo: aquel era el territorio en donde imperaba Caonabo.

¿Qué pasaba allí?

Los ojos del mónstruo se dilataron.

En sus órbitas, lo mismo que en un espejo de aumento, vió escenas horrosas el infortunado monarca de Haiti.

Los indios luchaban con los españoles.

Unos y otros caian heridos de muerte.

¡Oh! aquello no podia ser cierto.

Si lo era, faltaba á sus promesas, á los juramentos que habia hecho á Colon, faltaba á su dignidad y hasta á su palabra de hombre.

¿Qué pensaria el almirante, el enviado del cielo, al ver que sus hijos, sus hermanos, los que habia dejado allí bajo la salvaguardia de Guacanajari, perecian á manos de sus vasallos, á manos de sus caciques?

¿Qué autoridad tendria á sus ojos?

Y por otra parte, ¿cómo aquellos hombres formi-

dables, que con una sola palabra habian inclinado la frente y le habian obedecido como esclavos, se atrevian contra su voluntad, contra su autoridad, á obligarle á faltar á su palabra, y no solo eso, sino que regaban con sangre santa á sus ojos el territorio de Vagoniana?

De pronto desapareció aquella vision.

Pero el mónstruo, presentando sus amenazadoras garras, las clavó en el pecho de Guacanajari.

El rey sintió la herida y despertó colocándose las manos en su pecho.

Habia soñado.

Pero aquel sueño, ¿no podia ser un aviso del que todo lo puede, del árbitro de los hombres?

Aquel mónstruo, ¿no podia significar que la discordia existia en la pérfida isla de Haiti?

¿Aquellas garras afiladas no podian significar que eran la indignacion, la sed de venganza de los vasallos de Guacanajari?

¿No significaba aquella herida que habia abierto en su pecho la diestra del mónstruo que quizás seria desgarrado su imperio y sucumbirian todos?

Al abrir los ojos, deseando disipar aquella horrible pesadilla de que habia sido víctima, se dirigió al lugar donde guardaba la imágen para encontrar en sus ojos la paz del alma que necesitaba.

Pero no bien dió un paso, cuando se presentó en su estancia una mujer, una india, cuya presencia produjo en él un terror inaudito.

—Rey Guacanajari, vengo á verte, — exclamó aquella mujer.

—¡Tú, Inima, tú aquí! — exclamó el monarca amedrentado.

—Yo, sí; yo que he descubierto tus maldades, yo que he sufrido mucho por tu causa, yo que he devorado mucho tiempo en silencio las amarguras de mi corazon; hoy vengo á castigarte.

—¡Tú! — añadió retrocediendo Guacanajari y pasando los índices por sus ojos para convencerse de que ya no soñaba.

—Yo, sí, ¿te acuerdas? Aunque bien puede ser que con las dichas que te sonreían te hayas olvidado de mí. ¡Oh! yo no hubiera venido á buscarte... Yo no hubiera sacrificado mi felicidad, mi vida misma, si Ainaima no hubiera muerto por tu causa. Ainaima, la hermana querida de mi corazon, tu predilecta!... Por ella te perdono.

Ainaima y yo éramos hijas de Zaubayqui, el guerrero más temido de Haití.

Desde muy niñas nos habian designado á una de las dos para ocupar el trono donde tú debias sentarte.

Yo habia sentido despertarse en mi alma el amor antes de que ella fijase en tí sus ojos.

Yo te amé, Guacanajari, te amé con delirio.

Tú debias elegir entre las dos, y hubo algun tiempo en que tus miradas engañadoras me hicieron creer que yo seria la predilecta.

Un día, sin embargo, Ainaima fué tu esposa,

cayó en tus brazos, y yo, que tenia motivos para odiarte, devoré en silencio mi amargura y viví del reflejo de tu felicidad.

Desde entonces jamás se han encontrado tus ojos con los míos, jamás he oido las palabras de amor de otros guerreros.

Murió mi padre y yo fui la guardiana constante de su tumba.

Solo el dolor era mi patrimonio, solo el dolor era mi compañero y jamás turbé tu tranquilidad.

Pero tú no has hecho feliz á Ainaima.

Ainaima ha muerto de dolor por tu causa.

—No es verdad, no es verdad, — gritó Guacanajari, presa de horrible fiebre, porque la conciencia le acusaba y le hacia ver que lo que decia Inima era cierto.

—¿Crees que yo no te he observado, que no te he seguido paso á paso, que no he descubierto la pasion que te domina?

Todas las noches, cuando tú hablabas con el extranjero bajo los tamarindos que rodean tu albergue, cuando creias que estabas solo y le entregabas oro en cambio de una promesa que te hacia, yo estaba á tu lado, yo oia tus palabras, yo adivinaba tus pensamientos.

No te he perdido de vista; sé el objeto que adoras, y como tu fatal pasion es la causa de la ruina de nuestro pueblo, como la paz ha desaparecido y en su lugar la guerra tremola su espada de fuego, vengo por última vez á darte una prueba de mi amor, y á

apartarme para siempre de tu lado para bajar al sepulcro que me espera.

—¿Qué dices?...—preguntó Guacanajari más sobresaltado aún,—la guerra...

—Sí, la guerra; ayer, ántes de que el sol hundiera su frente en el mar, Caonabo, Manicate, Boechio y los más valientes caudillos de tus huestes, lucharon brazo á brazo con los extranjeros y los exterminaron.

—¡Oh! ¡eso no puede ser!

—Pronto vendrán ellos mismos á comunicártelo, pronto los verás ardiendo en ira acometer nuevas empresas, y en tu presencia misma apoderarse de la fortaleza de tus falsos amigos, y condenarlos á la misma suerte que han sufrido sus compañeros.

—¿Luego no he soñado?—preguntó Guacanajari pasando su mirada por la estancia y fijándola en Ainaima.—¿Luego es verdad que se ha derramado sangre? ¿Luego es verdad que yo he faltado á mi palabra? ¿Luego los enviados del cielo tendrán razon para maldecirme y despreciarme?

—La tendrán ellos y la tendrán tus vasallos. Rey Guacanajari, tú no eres ya el mismo. La pasión que te domina ha secado en tu alma el amor á tus vasallos, ha debilitado las fuerzas de tu cuerpo, ha abatido tu espíritu.

No bien había pronunciado Inima estas palabras, cuando vinieron á anunciar á Guacanajari la llegada de los caciques.

Deseoso de convencerse de que Inima no le ha-

bia engañado, de que su sueño había sido un presentimiento, abandonó á la india y corrió al peristilo que formaba su palacio, en donde le aguardaban sus guerreros.

Una sonrisa de triunfo se pintó en los labios de aquella mujer.

Apenas salió Guacanajari de la estancia, corrió al sitio en donde ocultaba la Santa Virgen, se apoderó de ella y abandonó el palacio precipitadamente.

Guacanajari fué al encuentro de los caciques.